

PIGGOTT, S. *Ancient Europe from the beginnings of Agriculture to Classical Antiquity* (Edinburgh University Press, 1965). xxiv + 343 pp. 143 Fig. y 51 Lám.

Libro excelente, con buenas ilustraciones y bibliografía selecta, que habrá de prestar gran utilidad tanto a los especialistas como al público interesado en la Prehistoria europea. No es una Prehistoria, sino la visión del autor sobre problemas que están en la base de la historia primitiva. Se examinan las principales corrientes culturales desde antes de 6,000 a. C. hasta la aparición de la civilización clásica del Mediterráneo e incorporación de buena parte del mundo "bárbaro" al Imperio romano. Con criterio histórico y especial atención al estudio de las comunidades humanas y la ilustración, muy bien seleccionada, atiende a los lugares de habitación y sepultura y se completa con mapas, ofreciendo material muy al día y a veces aún poco conocido.

Sobre los "primeros agricultores" menciona los restos encontrados en establecimientos del paleolítico: el musteriense de Molodova (sur de la URSS) consiste en un abrigo delimitado por un círculo marcado con huesos de mamut; la cueva del Reno de Arcy-sur-Cure (valle del Yonne en Francia) del paleolítico superior, en cuya entrada hay hoyos para postes que probablemente eran colmillos de mamut; las representaciones de cabañas en el arte paleolítico; los campamentos de Dolni Vestonice (Checoslovaquia), de Kostienki, Gagarino y Avdevo (sur de la URSS), de M'alta y Buryet en la región baikálica, con viviendas excavadas en el suelo y cubiertas con pieles sostenidas por huesos o colmillos de mamut, así como las tiendas circulares de Mezin (Ukrania) y Ahrensburg (cerca de Hamburgo). Del mesolítico se conocen el campamento estacional de Star Carr en Yorkshire, las cabañas de Tannstock en el Federsee (Alemania meridional), de Schötz (Suiza), de Farnham (Inglaterra), de Oronsay (Hébridas), las que con hoyos, agujeros de postes y hogares fueron recubiertas por el conchero de Moita do Sebastião en Muge (Portugal), etcétera. Entonces empieza la domesticación, con el perro, lo cual no significa todavía cambio en la economía de los cazadores-pescadores

sino una mayor facilidad para la caza. La cabra y el carnero parecen haber sido domesticados en el Asia central y occidental.

En el Próximo Oriente se sigue el proceso de la domesticación de animales, cabras y carneros y cultivo de plantas (Zawi Chemi Shanidar, en Iraq); y en el natufiense de Palestina, viviendo en abrigos de roca o en estaciones abiertas con casas ovales o circulares (Eynan, Nahal Oren), sin domesticación, eran todavía cazadores de gacelas, pero usando hoces o guadañas con hojitas de sílex para segar trigo salvaje que acaso entonces principió a cultivarse. En el mesolítico de Jericó, la primera ocupación parece ser un probable santuario y cabañas ovales y luego rectangulares hechas con ladrillos de barro, comenzando en el neolítico precerámico del VII milenio la domesticación de la cabra y el cultivo del trigo, como en Jarmo, Iraq. Trigo y cebada son la base de la economía del Próximo Oriente y se extienden desde muy pronto por Anatolia y Chipre. El mijo, en cambio, no se cultivó allí y parece haberlo sido por primera vez en Europa donde tiene una forma salvaje en el área mediterránea. En el VII milenio a. C. hay ya un neolítico precerámico en Grecia (Argissa cerca de Larissa), donde se cultivó trigo, cebada, lino y probablemente mijo, con carnero que constituía el principal animal doméstico y, en menor escala cerdos y ganado vacuno, así como también perros.

Este neolítico precerámico debió extenderse por otras regiones de Grecia y Balcanes, y a fines del milenio ya hay cerámica en Nea Nikomedia (Macedonia) con fecha de radiocarbono de 6,220 a. C.

En ese milenio florecen las aldeas neolíticas en el Próximo Oriente desde el sur de Anatolia llegando pronto a Persia y sur del Turquestán; en algunos casos son ya pequeñas ciudades. Jericó, en el mismo milenio, sin cerámica, es una ciudad fortificada. En Europa el neolítico se extiende muy pronto hasta Alemania y Países Bajos, probablemente en el V milenio, con aldeas de la cultura de Starcevo-Körös y las relacionadas con ella desde Grecia a Rumanía y Yugoslavia, así como por Italia y Sicilia. Nosotros en las culturas emparentadas incluimos la "de las cuevas" no sólo de Italia y sur de Francia sino también de España y Norte de África, constituyendo un gran círculo de cultura circummediterránea con proyecciones en su parte oriental y cerámica semejante en todas partes; la llamada impropriamente "impresa". Esta decoración no es la única, apareciendo a su lado los relieves.

También en el V milenio se propaga el neolítico con aldeas agrícolas por el Centro de Europa desde Checoslovaquia y Alemania hasta los Países Bajos, con la cerámica incisa de bandas en espiral. Piggott supone que estos "danubianos" colonizaron regiones antes pobladas de bosques y que llegaron del s.e. de Europa,

importando conchas de moluscos mediterráneos utilizadas como objetos de adorno; pero no creemos necesarias tales migraciones y dichos danubianos pudieron muy bien ser descendientes de los mesolíticos de las propias regiones que aprenderían la agricultura y la vida semi-urbana de los grupos más meridionales, del mismo modo que éstos la recibirían de las poblaciones anatólicas que acaso fueron las únicas que se desplazaron desde sus áreas extremas.

La difusión de las conchas mediterráneas pudo verificarse por comercio.

De los grupos del neolítico "circummediterráneo", los de los Balcanes (Starcevo) aprendieron a hacer figuritas femeninas de tierra cocida (en relación con el culto de la diosa de la fecundidad de Oriente?) y los sellos o pintaderas también de tierra cocida.

A fines del IV milenio surgieron otras culturas, además de las mencionadas de las regiones circummediterráneas y centro de Europa. Se trata de la de los vasos de embudo ("Trichterbecher") de Dinamarca y norte de Alemania, pronto convertida en la megalítica nórdica y, en el centro y norte de Francia así como en Suiza, de la cultura de Chassey-Cortailod equivalente a la de Windmill Hill (Islas Británicas) con cerámica lisa sin decoración. En Suiza la forma de habitación junto a los lagos es el palafito. En las regiones atlánticas de Portugal, Bretaña e Islas Británicas aparecen los sepulcros megalíticos que en el III milenio avanzado toman formas monumentales no sólo con los grandes sepulcros de corredor sino con los de cúpula que, en Bretaña e Inglaterra, están relacionados con los alineamientos y cromlecs o con los "Henge monuments", verdaderos santuarios de una "religión megalítica". Piggott parece inclinarse a la hipótesis de su difusión desde el Mediterráneo oriental, especialmente del Egeo, aunque dice que "es difícil documentar este origen con precisión".

El tercer capítulo de la obra lleva por título "Comercio, metal y consolidación". El cobre, el primer metal utilizado, debió empezar a serlo muy pronto en Anatolia. Recordemos que Mellaart fecha el principio del eneolítico o calcolítico en 5.500 a. C. y distingue una etapa temprana de Samarra después de que la cultura de Tell Halaf, desde 4.800, representa un calcolítico avanzado. A fines del IV milenio comienza en Mesopotamia el uso del bronce y probablemente el descubrimiento de la aleación se realizó en el sur de Anatolia cerca de las minas del metal que, como en el Cáucaso, fueron explotadas y proporcionaron el que se utilizó en las culturas mesopotámicas y de Asia Menor. En este último lugar Piggott, con razón, atribuye un especial significado a que en Çatal Hüyük aparecen bronce trabajados con la técnica de la cera per-

dida, a fines del III milenio, así como en sus comienzos ya encontramos la misma técnica para el trabajo del cobre en un modelo de carro tirado por cuatro onagros de Tell Agrab (Mesopotamia).

A orillas del Egeo se utilizó el cobre en la primera ciudad de Troya, en Lesbos y en Poliochni (Lesbos), que Piggott fecha a comienzos del III milenio. Observamos que Troya I en los últimos trabajos de Mellaart sería ya de los últimos siglos del IV milenio. En la Grecia continental el Heládico primitivo parece haber conocido las importaciones de cobre desde 3,000 y en Lerna —que tiene una fecha de radiocarbono de 2,670 a. C.— se trabajaba ya. Creta sólo parece haber conocido la metalurgia del cobre en el Minoico primitivo II, a mediados del III milenio. Más allá del Egeo, los dos centros de difusión del cobre fueron según Piggott, Transilvania y España. Añade que, además se hallaba el oro en los montes de Transilvania y “acaso ya también la plata en España”. Nosotros observaríamos que quizá ya en el eneolítico se utilizó el cobre de las minas de Austria en donde se conoció en el siglo pasado el trabajo de las de Mitterberg, cerca de Bichofshofen, con seguridad explotadas en la Edad Bronce avanzada y que, en la península ibérica, hay en el eneolítico hallazgos de oro, así como que Siret encontró en el poblado de mineros de Almizaraque, perteneciente a la cultura de Los Millares, crisoles con escorias de plata, comprobando que en las minas que dichos mineros explotaban había filones argentíferos. Hemos mencionado estos hallazgos varias veces, pero desgraciadamente es muy poco conocida la publicación en que recogíamos los datos que nos comunicó Siret.¹

Piggott subraya la importancia de la propagación de la metalurgia por el Mediterráneo hasta España y Portugal en el III milenio y habla de la posibilidad de “colonias” egeas como han hecho otros, considerando las fortificaciones con torres en la muralla de los Millares como una contrapartida de las de Chalandriani en Syros.

Nos parece excesivo hablar de una verdadera “colonización” egea llegando hasta España, aún reconociendo la importancia de la cultura heládica primitiva, para la difusión de la metalurgia en Occidente. En España, a pesar de la presencia de tipos forasteros en el material de sus culturas, aquellos aparecen sólo esporádicamente y en ningún caso puede hablarse de conjuntos típicamente heládicos, sino de culturas indígenas en que aparecen testimonios de relaciones probablemente de tipo comercial y que

¹ P. Bosch-Gimpera, F. de Luxán, *Explotación de yacimientos argentíferos en el eneolítico, en Almizaraque* (prov. de Almería) “Investigación y Progreso”, IX, núm. 6, abril de 1935, p. 112-117. (Madrid).

se realizarían de etapa a etapa, probablemente del Egeo a Malta, desde donde irradiaron a Sicilia y España. De este modo pudieron contribuir a introducir nuevas técnicas y tipos de sepultura como las cuevas artificiales, así como influir en las ideas religiosas de Occidente, llegando la repercusión de tal influencia hasta muy lejos, como es el caso de las representaciones de la divinidad femenina en las cuevas del Marne. Pero tales influencias, en el III milenio, de relaciones intensas entre todas las culturas europeas entre sí, con el Próximo Oriente y con Egipto, no permiten llegar a generalizaciones como por ejemplo la de explicar la cultura megalítica occidental como resultado de aquéllas. Hoy, las fechas de radiocarbono para dicha cultura en Bretaña alcanzan al IV milenio y entonces sin duda florecía ya la de Portugal, que en sus principios no tiene nada de forastero y se basa en un neolítico muy sencillo fuertemente ligado a la tradición mesolítica, con lo que su desarrollo indígena sigue siendo probable.

La última parte del tercer capítulo trata de los movimientos de la segunda mitad del III milenio y de la importancia que tienen en ellos los pueblos de las estepas de Europa oriental. Insistimos en que no es posible considerar a estos pueblos como el único grupo básico indoeuropeo y en que las culturas de Europa Central tienen también tal carácter. Además si la relación de Portugal —y añadimos nosotros de la cultura pirenaica— con otras culturas, llegando al Centro de Europa y a las Islas Británicas, difunde el vaso campaniforme del tipo que se ha llamado “internacional” y que acaso surgiera en Portugal, no puede admitirse que éste sea el vaso campaniforme más antiguo, y continuamos creyendo que le preceden los tipos clásicos como el de Ciempozuelos en España y que se mantiene nuestra sucesión de tipos que hace años establecimos (artículo en “*Man*”, 1940), careciendo de fundamento el “reflujo” desde el Centro de Europa supuesto por Sangmeister y que Piggott parece aceptar. En un trabajo próximo a publicarse en la “*Revista de Guimarães*” discutimos ampliamente este problema y fundamentamos nuestra opinión con los conjuntos de hallazgos que documentan dicha sucesión de tipos.

En el capítulo cuarto, “*Climax and Change*”, se estudian las culturas de la Edad del Bronce del II milenio y sus relaciones con el Egeo, en donde llegan a su auge las civilizaciones cretense y micénica. Acertadamente se trata de la importancia de la cultura nurágica de Cerdeña; pero no se menciona la de los talaiots de Baleares y se minimiza el papel de las del Extremo Occidente europeo: “*Of Iberia and west France we know very little at this time*”, lo que no es cierto, pues hace mucho tiempo que se reconoce la importancia de la cultura de El Argar y de la del Bronce

atlántico con sus relaciones hasta las Islas Británicas, cuyos contactos con otros países parece limitar Piggott al mundo norte europeo.

Los capítulos V, "Nuevas técnicas y pueblos", y VI "The Celtic World and aftermath", tratan de las peripecias de la protohistoria europea con la propagación de las culturas céltica, de las urnas, de Hallstatt y La Tène— y las repercusiones en Occidente de los cimerios y escitas, así como la influencia griega de distintas regiones de Europa. También aquí, si bien se distinguen en España la cultura céltica y la ibérica, echamos de menos un adecuado tratamiento subrayando su importancia.

Nuestras observaciones no tratan de minimizar el valor y acierto general de libro reseñado, que confirma las altas cualidades de síntesis y la extensión y profundidad de conocimientos del autor, indudablemente uno de los prehistoriadores de mayor mérito y de visión más general de Europa.

P. BOSCH-GIMPERA